

QUE SEA

PARA

Siempre



*Una historia
para un fin de semana.*

BRYAN VALAREZO

Una historia para un fin de semana.

BRYAN VALAREZO

© Bryan Valarezo

Que sea para siempre, Bryan Valarezo

Primera edición, Ecuador, 2019

AutopublicArte
www.autopublicarte.com

Diseño de tapa: H. Kramer

Corrección: Florencia Casella

Maquetación: Nathalia Tórtora

Coordinación: Natalia Hatt

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PALABRAS DEL AUTOR

Bienvenidos a mi primera novela. Mi nombre es Bryan Valarezo y quisiera agradecerles por tener este libro entre sus manos.

La experiencia de publicación ha sido compleja y enriquecedora, de ella he aprendido más de una lección que me gustaría compartir con ustedes.

Mientras cerraba el acuerdo con la editorial pensé: «Esta es una historia corta, de seguro llevará poco tiempo.». Y sí, admito que yo quería que estuviese publicada como para el ayer.

Pero no fue así.

Se debió perfeccionar cada detalle: la trama, el estilo, la ortografía, el diseño, el maquetado y la impresión, solo por nombrar algunos aspectos. Fue un proceso que involucró a varios profesionales del ámbito editorial, un trabajo en equipo.

Contra todas mis expectativas iniciales, y a medida que el proyecto avanzaba, el tiempo pasó a ser lo de menos. El apuro se diluyó porque lo que importaba era acercarse a la perfección. Había que pulir detalles, revisar sobre revisiones previas, tomar decisiones y plantear sugerencias que se amoldaran a mis preferencias personales y también al mercado literario.

¿Por qué tanto detallismo? Porque mi objetivo con este libro es llegar al corazón de numerosos lectores. Quiero que la ciudad entera lo lea, que la provincia lo lea, que el país y el mundo lo lean, que lo recuerden con el paso de los años.

Aunque pueda parecer absurdo e imposible, ese es el sueño de cada escritor. Es también mi sueño.

A través de esta experiencia de publicación recordé una vez más que debo darle tiempo y espacio a los buenos trabajos, en especial si con ellos que buscas dejar un mensaje en las personas.

En la prisa se cometen errores. Esto sucede en la vida, en cada proyecto y en cada meta que nos trazamos.

La mayoría de las personas desistimos cuando emprendemos el viaje para alcanzar una meta y, luego de algunos de meses, no obtenemos el resultado querido. Queremos acabar con todo y volver a probar con algo más, con algo distinto. Ignoramos los pequeños detalles porque lo que deseamos es ver de golpe todo realizado y completo. Y así no funciona, salvo que ganemos la lotería en nuestro primer intento por pura suerte, claro.

A lo que voy es a que nunca está de más ser un poquito más pacientes.

Los sueños pueden cumplirse, las metas pueden alcanzarse. No es imposible.

Solo se debe luchar con calma, hay que esforzarse y sortear los obstáculos que se atraviesen en nuestro camino.

Y no hay que olvidar que del viaje siempre se aprende, a veces el recorrido es tan enriquecedor como alcanzar el objetivo mismo. Pero no les diré mucho sobre eso porque es algo que verán también a través de la novela.

Espero que la disfruten.

CAPÍTULO 1

Luego de salir del funeral de la abuela, no quise pensar en nada. Caminé sin rumbo por las calles de Ciudad Central durante una hora; me abrí camino pateando piedras y botellas vacías. Al final, decidí entrar a una heladería que vi para pasar el tiempo, no estaba preparado para regresar a casa todavía. Una vez allí, y ya con un café entre mis manos, saqué mi iPad para escuchar un poco de música y ver unos videos que tenía de mi abuela. Pensaba acerca de sus consejos, aquellos que me había dado hacía ya un montón de años. Está de más decir que era una tarde muy triste y, de paso, llena de nubes grises. Cielo con cara de lluvia.

Habían pasado ya dos horas y comenzaba a cansarme de estar allí sentado tomando café, en especial uno que no era tan bueno que digamos. ¡Me harté!

Mientras me alistaba para dejar el lugar, una chica entraba con una guitarra; su cabello era negro, se la notaba alegre y era de buen parecer. No sé cómo explicar que en aquel momento se generó en mí una sonrisa estúpida. Dejé de guardar mis cosas, volví a sentarme y empecé a observarla con disimulo y detenimiento.

Ella no me notó, fue directo a sentarse. Pensé que tal vez tendría una cita con su novio o con amigas, pero los minutos pasaban y nadie llegaba. De pronto, la extraña sacó un cuaderno de su mochila e intentó escribir. Fue en vano, no parecía que le salieran las palabras correctas. Se golpeaba la frente varias veces con su bolígrafo, un gesto que me recordaba a las veces que yo me animaba a escribir y tampoco podía plasmar mis ideas.

Así estuvo durante quince minutos, hasta que tomó la guitarra, la afinó y empezó a tocar. Era una acústica de mar-

ca Fender con un acabado muy natural. Simplemente hermosa, y me refiero al instrumento. La chica empezó a hacer música mientras cantaba muy bajito, quizá porque había muchas personas en el lugar. Al menos, yo pienso que era por eso ya que, cuando la heladería empezó a vaciarse, ella elevó un poco la voz. Supuse que lo que cantaba era inédito porque nunca había escuchado aquellas canciones. Vale agregar que lo hacía bien, no estuvo fuera de tono y los acordes los digitaba a la perfección.

Absurdo, pero media hora después yo moría de ganas de hablarle; sin querer, ella había logrado que por un largo rato yo estuviera mejor y olvidara lo ocurrido en mi familia.

De pronto, vi que sus ojos se volvieron rojizos, que ella no podía contener las lágrimas que llegaban a mojar sus apuntes. Abrazó fuerte su guitarra mientras intentaba secar su rostro con parte de su camisa.

Verla en ese estado era, desde ya, muy triste. Algo dentro de mí me impulsaba a darle ánimos y a preguntarle qué le pasaba, mas otra parte de mí decía que no estaba en condiciones de hacerlo, que quizá podría empeorar la situación.

Debatí lo que debía hacer. Y, justo cuando me había decidido a caminar lentamente hacia su mesa, ella guardó rápido su guitarra, sus cuadernos, su iPhone y sus audífonos, y abandonó el lugar. Pensando en qué pudo haberle sucedido, miré fijo el sitio donde estuvo sentada y me percaté de que había dejado una hoja. Me acerqué a tomarla, creyendo que pudo haber escrito algo referente a la situación por la cual estaba pasando, mas no fue así: estaba en blanco.

Me senté un momento allí y, al hacerlo, noté un anillo en el puesto. Tal vez lo había dejado olvidado. Lo tomé, salí de forma apresurada de la heladería y empecé a caminar en la dirección por la cual vi que se había marchado la chi-

ca. Ciertamente es que había mucha gente en las calles, típico de un viernes por la noche en Ciudad Central.

No había manera de encontrarla. Recorrí varias avenidas creyendo que la hallaría, hasta que dije: «No más, ya fue, estoy cansado de caminar de forma aleatoria».

Me senté en un parque frente a la estación del metro que se dirigía al sur de la ciudad. Empecé a revisar mi celular, tenía varias llamadas perdidas de mi hermana. Enseguida le marqué para avisarle que estaba bien y que en poco más de media hora llegaría a casa.

Antes de que finalizara la llamada, vi que la chica ingresaba a la estación, cansada de tanto caminar y con su guitarra casi por el suelo. ¡No podía creerlo! Era como un premio a mi intensa búsqueda; seguro que desde el cielo se apiadaban de mí.

Sin pensarlo, fui tras ella y logré subir al metro a tiempo. Una vez dentro, empecé a buscarla con la mirada. La chica estaba sentada cerca de la puerta principal y, por esas cosas raras de la vida, había un puesto disponible a su lado. Me acerqué lentamente mientras los nervios se apoderaban poco a poco de mí. Era muy extraño, no sabía en qué momento había pasado de sentir tristeza a verme embargado por mariposas en el estómago. ¡Qué loco! Había buscado con ahínco a una persona de la cual ni siquiera sabía el nombre.

—Hola, disculpa —le dije.

—¿Sí?

—¿Me permites sentarme a tu lado? —pregunté con un tono de voz algo nervioso.

—Sí, puedes hacerlo. Bueno, es tu derecho —me respondió mientras tarareaba una melodía.

—Gracias.

—Vale, descuida.

Asentí, me acomodé en el asiento y guardé silencio por algunos minutos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije al fin mientras sacaba el anillo del bolsillo del pantalón.

—Bueno, con confianza. Aunque acabas de hacer una —contestó con sarcasmo.

—Qué obvio, disculpa. Lo que quiero preguntarte es si esto es tuyo. —Le mostré la sortija.

—¿Mío? —respondió, sin entender muy bien a lo que me refería

—Sí —añadí.

Ella acercó su mano para tomarlo.

—Oh, sí, es mío. Venga, ¿cómo es que lo tienes? ¿Se me cayó al subir? —preguntó.

—La verdad, lo dejaste en la heladería —respondí.

—¡Rayos! Sabía que algo me faltaba. Pero aguarda, una cosa no cuadra. Ya ha pasado más de una hora desde que salí de ahí —comentó, un tanto asombrada.

Ya había imaginado yo que ella reaccionaría así.

—Lo sé —añadí mientras pensaba en las palabras exactas que debía decir para no quedar como un joven que encuentra cualquier pretexto para perseguir a una chica.

—¿Me seguiste hasta acá? —me preguntó.

—No exactamente, no voy a asustarte. Te contaré todo.

—Sí, dale, porque no entiendo nada.

No sabía cómo empezar a explicarle que la busqué durante una hora solo por una sortija que quizá pudo no pertenecerle. Si a ella se le hacía raro, y tal vez hasta sentía un poco de miedo, imagínense lo que ocurría dentro de mí. Mis nervios ya eran de otro nivel, pero más que nada por tenerla enfrente.

¡Qué linda estaba! No habían pasado ni dos minutos y ya amaba sus ojos y su largo cabello negro.

Sin tantos rodeos, le conté cómo había llegado a ella, aunque me guardé ciertas cosas que aún no necesitaba saber. Lo que sí le dije fue que me dolió verla llorar y que, desde entonces, no pude quitarle la vista de encima. Esto

último sonó cursi, demasiado tal vez. También le describí la manera en la que la busqué hasta desistir.

—Hagamos un paréntesis aquí, ¿vale? —sugirió ella al fin.

—Como usted diga —asentí..

—Puedes tutearme sin problema.

—Mucho mejor, lo haré.

—¿Qué te diré? Tú no me conoces y no estabas totalmente seguro de que el anillo era mío. Sin embargo, te dejaste llevar por las emociones y cierto instinto intolerante varonil que seguiste sin pensar. ¡Vaya que estás muy loco!

—Tienes razón—intervine.

—¿Es en serio? ¡Tú estás loco! Pudo pasarte algo, tío —rio un poco—. Me parece tan, tan, tan de película.

—Es verdad. A esta altura ni yo me lo creo —respondí

—Qué valiente. Digo, es que te cuestiono, pero la verdad sucede que estoy anonadada. Nunca me había pasado algo así, ni mucho menos me habían buscado con tanta diligencia.

—Noto que lo estás y, pues, yo tampoco había hecho algo parecido ni en los sueños más sorprendentes —admití.

—Menos mal... Espero no sea yo la decimoquinta de la lista que harás de chicas que has encontrado por ahí. —Volvió a reír, esta vez fue más creíble su humor.

—No es nada —sonreí—. ¿Puedo hacerte otra pregunta, sin contar la que acabo de hacer?

—Vale —respondió sin dudar.

—¿Estás mejor?

Asintió y guardó silencio mientras se volteaba hacia la ventana, a recordar quizá. Realizó una especie de suspiro que daba a entender que eso era una mentira.

—No estás obligada a responder, tranquila —agregué.

—Te contaré, no tengo problema —dijo al fin—. Pero aquí no, esto se llenará en la próxima estación y no quisiera que alguien llegara a escuchar. Tú te has ganado esto, y vaya, aún no sé ni tu nombre.

—Bien, me...

—Espera, no lo digas ahora. Bajemos en la parada y buscamos algún café, ¿te parece? —sugirió ella.

—Por mí no hay problema.

Ella, la extraña, solo sonreía como producto del momento y de la épica historia que la involucraba.

Aguardamos por la próxima estación, bajamos, salimos a la calle y empezamos a caminar sin decirnos ni media palabra. Luego de mucho buscar, pudimos encontrar un lugar adecuado. Demoramos un poco porque, antes de entrar a algún sitio, analizábamos el porcentaje de peligro que podíamos tener dependiendo de las personas que hubiera allí.

En algún momento, ella me hizo señas de que estaba muy agotada, que ya caminaba por costumbre.

—¿Te parece este lugar? —señalé un establecimiento.

—Y sí, ¿por qué no? —replicó—; el nombre es llamativo, solo hay una familia y no creo que nos asalten o algo por el estilo.

Asentí. La cafetería se llamaba «Limón Limón».

—Y sí. Además, los sándwiches de la foto que tienen en la marquesina se ven tentadores, aunque a esta hora no van tan bien; quizás entre las siete y las once de la mañana —expliqué—. Ahora, solo algo líquido.

—Bien, eso no se puede refutar, estoy en total acuerdo, excepto que a las siete no me atrevería a llegar por aquí... Amo mucho mi cama, llegaría a las nueve y cuarto. Y fines de semana, con suerte, a cinco para las once —concluyó.

—Como yo no soy el dueño del local, puedes llegar a toda hora —respondí—. Además, aquí dice que atienden todo el día y toda la noche.

—Buen punto.

Asentí.

Tras pasar varios minutos discutiendo sobre los sándwiches y la hora ideal para comer uno, halamos la puerta y nos dirigimos a una mesa para dos personas que estaba al

fondo. La cafetería nos llamó la atención por su moderna publicidad en los exteriores y por el toque natural que le daban la madera y la caña guadua.

—¡Hola! ¿Cómo están? Bienvenidos a «Limón Limón» — nos saludó un empleado que llevaba su nombre mal fijado en la camisa: Luis—. Al ser nuevos clientes, la casa les obsequia unas galletitas con sabor a piña.

—¡Estamos de buenas! —exclamó ella.

—¿Cómo sabe que lo somos? —cuestioné.

—Porque quienes ya han venido saben que no atendemos en las mesas, aunque suene a mal servicio —explicó Luis—. Bien, pueden leer acerca de la casa en esta publicación —dijo mientras nos pasaba una revista en la cual se encontraba la historia del lugar.

Tenían mucho tiempo en el mercado, pero no en la ciudad.

Hicimos el pedido en la barra: unos simples pero necesitados capuchinos para empezar una charla que seguro sería interesante.

—¿Puedo hacer esta vez yo una pregunta? —consultó ella.

—Claro, a eso venimos.

—¿Cómo te llamas? —soltó antes de sacar una pequeña agenda de su mochila—. Si no te molesta, anotaré tus datos.

Asentí y reí.

—Para nada, adelante —le dije—. Bien, como en el instituto: mi nombre es Caleb Díaz, tengo veinte años y soy del este de esta enorme ciudad.

—Perfecto. Mi nombre es Kensei Busquets, tengo diecinueve años y vengo de un lugar muy pero muy lejano.

—Ese es un buen nombre. Me gusta.

—Gracias, Caleb —dijo—. Y acerca de la pregunta en el metro, estoy mejor; y vuelvo a agradecerte, has transformado mi atmósfera en esta noche. Siento no poder contarte

más, pero creo que lo podrás entender; apenas te conozco. Quizás en otra ocasión, en otro tiempo.

—Me conformo con saber que estás mejor, y espero que, sea lo que sea por lo que estés pasando, se arregle y puedas continuar. Y si toca volver a llorar, hazlo. Suele ser necesario para reiniciarnos.

—Yo no sé qué decirte, pero si hablo ahora, quizá vuelva a llorar... —admitió. Luego, colocó sus codos sobre la mesa y con las manos tocó su cabeza, como quien no quería entristecerse.

—No digas nada, guarda silencio —repliqué—. ¿Podrías prestarme tu guitarra?

Asintió.

—Vale, adelante.

La tomé y empecé a entonar canciones que me hicieron bien en momentos en los que no tuve a alguien a mi lado para conversar, preguntar, reír o, a veces, simplemente para llorar. No tenía idea del problema de Kensei, no sabía si era familiar, sentimental, laboral o personal. Tampoco quería pensar en lo efímera que podría ser nuestra amistad, solo deseaba disfrutarla y vivirla mientras aún demoraba el pedido.

—Lo haces bien —dijo al fin luego de una larga melodía—; inédita, ¿verdad?

—¡Gracias! —exclamé—. Y sí, inédita, como la canción que tarareabas tú en la tarde.

—Ey, ¿cómo lo supiste? —intervino—. Seguro es tan mala que no la imaginas en la radio.

Nos carcajamos.

—Disculpen la demora —llamó Luis desde la barra tras un largo tiempo de espera—. De verdad lo sentimos, tuvimos un daño inesperado en la máquina.

—No te preocupes —contesté al dirigirme a él—, no tenemos apuro —agregué mientras Kensei sonreía desde la mesa.

—Disfruten el pedido.

—Noche redonda ha sido en este lugar —intervino Ken-sei cuando volví a la mesa—, ¿no crees, Caleb?

Asentí mientras reíamos.

—Definitivamente —repliqué—. En cuanto a tu música, asumo que es inédita porque nunca la he escuchado, y también porque tenías una libreta y pensé: «seguro que esta chica escribe allí sus canciones».

Aún con una sonrisa, ella negó varias veces con la cabeza.

—No, no, no.

—¿No qué? —pregunté.

—Definitivamente, eso no es un argumento válido.

—Claro que lo es.

—Que no. ¡Vale! —insistió ella.

—Lo es, acéptalo —refuté.

—No me rayes.

—Así no se puede.

—Dije que no, tío —replicó ella entre risas—, pero tienes razón en que es inédita.

—Bien, lo aceptaste.

—¡No lo hice! —exclamó, para luego agregar—: Sabes, aprendí a tocar cuando tenía diez años, siento que desde entonces conocí lo que era el amor. Simplemente lo sentía cada vez que tocaba esas rudas cuerdas que vienen en las guitarras económicas y de baja calidad; así amé mi instrumento, no me apartaba de él en ningún momento. Cuidaba tanto mi guitarra que no se la permitía coger a nadie, a menos que supiera algo de música. Esta guitarra, si bien es una Fender que me costó un ojo de la cara, la estoy aprendiendo a querer. Está sanando la partida de Nera, mi exguitarra, que ahora está en mejor vida.

Admiré la pasión y la firmeza con la que hablaba, más allá de darme a entender que cela lo que ama.

—Emotivo —afirmé.

—¡Muy emotivo! —exclamó ella—. Y perdón por ser descortés y no haberlos presentado antes; ella es Hera. Por

ahora, no hemos tenido problemas.

Volvimos a reír por casi dos minutos. Conocía de a poco lo ocurrida y divertida que ella podía ser. Y tenía razón, tenía una guitarra muy hermosa que sonaba increíble hasta desafinada.

—Eso fue muy gracioso —dije al fin—. Yo aprendí un poco más tarde, entre los catorce y los quince. Antes de eso, me di cuenta de que podía escribir y probé creando canciones y poemas. Llenaba cuadernos. Pero bien, llegó un tiempo en el cual quería entonar mis escrituras, darles ritmo... Ya te imaginas.

»Mi primera guitarra fue una sin marca de unos treinta y cinco dólares. Mamá me dijo que para empezar estaba bien, que con el tiempo me compraría una mejor... Pero ya ves, las mamás lo olvidan todo. —Sonreí—. Sé que en la mente te preguntas por el nombre de mi instrumento, lamento decirte que no acostumbro a ponerles uno. —Hago una pausa—. También me hicieron feliz, y hablo en plural porque luego tuve una electroacústica y una eléctrica. Esta última no aprendí del todo a usarla.

—¿Entonces lo tuyo es escribir? —preguntó Kensei sin dudar.

—Y sí, me envolví de literatura y de ortografía en el instituto. Quiero escribir de todo, y quizás ese sea un gran problema, porque al final no escribo nada.

—Entiendo —dijo al fin—, seguro eres bueno. Esas confusiones van y vienen.